

LAS LEYENDAS EN LA ESCUELA

por VICENTE GARCIA DE DIEGO

De la Real Academia Española de la Lengua.

Considero que las leyendas pueden ser útiles en la escuela. Esto no implica que a su estudio se pretenda darle la significación de una asignatura ni señalarle un horario en los trabajos de la escuela.

Mi pensamiento capital es que las leyendas pueden tener una utilidad especial por su propio valor y por ser un tema de la asignatura que considero fundamental en la escuela, la lengua.

Los titulares de cada asignatura suelen defender la supremacía de su disciplina y su mayor valor formativo. Mi juicio, por reflexión y por experiencia, es que en el periodo de la niñez y de la adolescencia hay una asignatura sustantiva, que es la lengua, y que todas las demás, en su innegable importancia, son adjetivas porque dependen de ella y la suponen.

Todas las enseñanzas, al suministrar material de ejercicio y de ilustración, contribuyen al desarrollo de la inteligencia y en cierto sentido son formativas. Mas la disciplina por excelencia formativa es la Lengua, la que directamente actúa en el desarrollo de la inteligencia como estimulante y como sangre de substancia suya.

Al hablar del valor definitivo de esta enseñanza no nos referimos al concepto estrecho de confundir la Lengua con un epitome de gramática, sino a todos los medios de adiestramiento del lenguaje en todas las fases de éste, pensado, hablado y escrito.

Todo el mundo del pensamiento puede ser objeto de la lengua y tema de sus ejercicios; pero los temas que directamente lo vitalizan son los de la lengua presente en la escuela y la de los modelos externos, los grandes escritores que son o han sido. Todos los géneros literarios; y entre ellos las leyendas, son el mejor campo de fortalecimiento de la inteligencia, entendiéndose que en los autores lo que importa es descubrir o interpretar su lengua más que aprender las listas de sus nombres y el de sus obras. Decimos que la Lengua es el principio de la sabiduría escolar porque de ella depende el arraigo que las demás disciplinas puedan tener.

Decimos que la Lengua es lo que principalmente desarrolla y fortalece la inteligencia porque, como prueban las experiencias y establecen los principios de la filosofía lingüística, son bajo sus varios aspectos la misma cosa la inteli-

gencia y la lengua. El pensamiento es el lenguaje interior y el lenguaje es el pensamiento oral. Podrá haber algún desnivel en su desarrollo, pero su perfeccionamiento es correlativo. Esta verdad, que los Maestros saben, no está afianzada en la conciencia general, porque no se aprecia a ojos vistas, como se aprecia el desarrollo físico, para el que hay una más clara convicción de las cosas que le convienen. Y, sin embargo, es clara esta unidad de la inteligencia en sus fases pensar, hablar, leer y escribir. Más o menos conscientemente todos saben que todo es lo mismo, que leer es oír a los ausentes en el lugar o en el tiempo y que escribir es hablar a otros ausentes. Sabiendo que todo ello es pensar y entender es obvio admitir que el desarrollar y perfeccionar el pensamiento en cualquiera de sus fases es desarrollarlo en sí y ponerlo a punto para cualquier disciplina mental o empresa que se le encomiende. En el grado de intensidad y de acierto con que se ejecute esta gimnasia y entrenamiento de la intelligen-



cia por el lenguaje se logrará el desarrollo mental del niño y del adolescente. Si el grado es inapreciable podrán incluirse en el censo oficial de los que saben leer y escribir los que balbucean unas líneas y garrapatean unos renglones; pero para la cultura de un país su valor es el mismo que el de los analfabetos. Si el grado de preparación es bajo y la formación mental del niño es débil, se tenderá a considerar las disciplinas como meros expedientes para un pase académico o como noticias que resbalan o se borran sin huella.

De la importancia de la lengua en la formación y capacitación de la juventud nos da pruebas algún pueblo, que debe principalmente su destacada claridad y viveza intelectual a la preferente,

inteligente y constante enseñanza de su lengua en sus escuelas y liceos.

En esa inmensa disciplina que es la lengua pueden las leyendas tener un papel de alguna importancia. A los niños se les podrá enseñar que la leyenda es una narración enaltecida de un hecho considerado histórico referida a personajes reales de tal lugar y de tal tiempo, y que el cuento, su género más afín es el recitado de un hecho, es generalmente inventado, sin personificación ni localización. Pero para que comprendan mejor su diferencia sería conveniente que oyeran una breve leyenda y un breve cuento, sobre los que se les sugerirán los contrastes. Se les advertirá que el hecho de la leyenda no siempre es histórico, porque hay muchas leyendas de pura invención; pero que el hecho se admite como sucedido en cuanto el relato se ha hecho leyenda. En las leyendas históricas el hecho es real, pero está enaltecido y exornado. Y así, sobre ejemplos, podrá el niño ir aprendiendo los caracteres de la leyenda.

Ya las leyendas no son, como en la antigüedad, espejo de creencias, y aún se les da peyorativamente el sentido de una bella ficción por el espíritu crítico de los tiempos nuevos, sin ver que la historia toda, está deformada por el enaltecimiento de lo propio y el descrédito de lo que es contrario.

Por el sentido utilitario de los tiempos nuevos las leyendas, como toda la literatura y el arte, tienden a ser puestas en el margen de lo superfluo, sin ver que la cultura práctica, si ha de ser algo más que un oficio lucrativo, necesita el complemento de las letras humanas, y sin ver que las industrias que nos asombran son hijas de estudios más altos y desinteresados, que al vulgo le parecen inútiles.

Las leyendas no las ofrecían debidamente ni los mismos literatos por no recordar que las obras maestras de la literatura universal, desde Homero hasta el teatro clásico y hasta nuestros días, se han forjado en un gran número de leyendas populares.

Aunque este desdén de un género que lleva milenios de existencia y ha sido embeleso de tantas generaciones de todos los pueblos tiene que ser externo, porque no es posible que se ignore que en él se han fundado culturas tan refinadas como las orientales y las griegas, y que la literatura y aun la historia de muchos pueblos tienen como basamento importante las leyendas. Tiene este desdén que ser externo, porque el culto a lo sublime y a la delicadeza vive en el interior de todo hombre normal y éste vibra ante una narración o una película cuando, al margen de todo mérito

expositivo, le llega al corazón la ternura de leyenda.

Para la introducción de las leyendas en la escuela conviene extender la concepción de que son útiles, y se impone la necesidad de que las leyendas que se introduzcan sean escolares. Esto no quiere decir que todas las leyendas aceptadas sean de niños. Naturalmente, el niño protagonista de una leyenda les interesa especialmente porque sienten bien los actos y reacciones de sus iguales y se sienten como copartícipes de sus triunfos o penas. Pero el niño es un hombre en formación y su interés apunta ya al futuro y a las cosas que de hombre le pueden suceder.

La selección de las leyendas compete al Maestro del mismo modo que en tantas cosas los padres y Maestros mantienen para el niño una prudente reserva de las crudezas reales de la vida y de las violencias de ella, para los niños han de admitir sólo las leyendas que en el fondo y en la forma sean aceptables para su edad. Sólo el Maestro, que tiene la medida de la capacidad de los niños y puede conocer los efectos de cada leyenda en la comprensión y en la sensibilidad del niño, es el que puede hacer una selección acertada. A él compete no sólo la elección de los temas adecuados, sino en las viejas leyendas hasta la modificación de pensamientos o expresiones que en ellas ponían las gentes piadosas, de profunda fe e ingenua sinceridad, pero que disuenan de nuestras maneras refinadas de porte y de expresión. A él compete, además, amoldar la redacción y el léxico a la edad o grado de los escolares. Y aún sería conveniente que para la escuela se formasen breves antologías de leyendas por quienes conocen bien las directrices de la instrucción moral y humana y conocen las exigencias didácticas de la redacción en cuanto a la claridad y a la pureza del idioma.

Las leyendas pueden ser materia adecuada para diversos ejercicios escolares.

La sola lectura entonada y despaciada de una leyenda, ya por el Maestro, ya por alumnos de especial aptitud, es grata y provechosa por el fondo y por la forma de cada tema. Dar ocasión, además, a lecturas correctas y entonadas es una contribución feliz, porque el arte de la lectura no sólo se echa de menos en la escuela, sino en los más altos estadios de la cultura, donde es frecuente tener que oír a lectores de ocasión que maltratan las más elementales reglas de la lectura.

La leyenda constituye uno de los mejores temas para los ejercicios de redacción. Todos los demás relatos tra-

dicionales, romances, cantares, y aún los mismos cuentos casi siempre, tienen un sentido predominantemente memorístico. Por su redacción fija es casi pasiva la actitud del oyente, que ha de transmitir el relato con una fidelidad absoluta. En la leyenda, por el contrario, el que la recibe tiene libertad de recrearla, con tal de que conserve lo esencial de su temática y su estructura fundamental. En el ejercicio ideal para que el transmisor, sin dejar de ser fiel, pueda dejar honda huella de su personalidad en la recreación de la leyenda. Un ejercicio sobre una leyenda puede ser el de comprensión de una lectura, haciendo que el alumno la repita con alguna libertad, bien con algún alumno oralmente, bien colectivamente, hacien-

do que toda la clase vaya tomando apuntes no literales de cada una de sus partes, recitadas antes con claridad y lentitud por el Maestro.

Otro ejercicio puede ser el de abreviación de una leyenda leída, de la cual los alumnos tomen sólo los puntos fundamentales recogidos por escrito, sin omitir ninguno esencial.

Y otro ejercicio puede ser el de ampliación. El Maestro puede hacer que se escriba en el encerado el esquema de una leyenda para que los alumnos, por escrito, le den una redacción en que puedan poner un poco de imaginación y de estilo propio.

Otros ejercicios posibles pueden, naturalmente, fijarlos la experiencia y la pericia del Maestro.

LAS GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

por JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Nada más apremiante y de interés en la Enseñanza primaria—en la cual se realizan ahora verdaderos prodigios pedagógicos—que hacer llegar hasta los niños las grandes obras de nuestra Literatura.

Y nada más complicado también que resolver el problema que ello plantea en las escuelas.

Empecemos por aclarar, si es posible, ese concepto en que radica todo, de "al alcance de los niños".

Dos interpretaciones de él he podido comprobar que convienen, según las tendencias, sin un resultado satisfactorio, en general.

Primera: el contarles las grandes obras literarias a los niños en una vulgar y mediocre refundición, y más vulgar y mediocre relato, casi siempre, que les aleja en absoluto de la belleza de su creación estética.

Segunda: el mutilar, sustituir o alterar textos cuyo valor no admite discusión, pero que en absoluto podrán comprender los niños.

En ambas interpretaciones el error es evidente.

En la primera lo que queda al alcance de los niños no es en modo alguno la obra maestra, sino un ridículo remedo de ella, según puede comprobar en un niño de seis años, inteligente, pero que creyó, a través de uno de estos arreglos, que la *Iliada* era una película de aventuras.

En la segunda ni aun mutilado, ni aun sustituido, ni aun alterado el texto, está, por fortuna las más veces, a la altura infantil, y si se da, como yo di, con un niño despierto, en cierta ocasión el protagonista de *El Lazarillo*

de *Tormes*, que intentaron poner a su alcance, quedó en su mente como un niño travieso y hambriento—mal se compasa en la mente infantil una cosa con otra—, que disuena extrañamente de los niños juiciosos y de familias corrientes—de lo artesano a lo burgués—, que se le ponen como ejemplos.

En la primera interpretación se ha evadido la obra literaria, dejando sólo un fantasma ridículo de ella; en la segunda ha sucedido algo peor todavía: se ha evadido el niño, que, naturalmente, no puede tener a su alcance tan arduo y dramático tema como es la picaresca.

No hay más que examinar, aun por encima, cualquiera de esas, demasiado numerosas, antologías de textos clásicos, "al alcance de los niños", para darse cuenta inmediatamente del fracaso indiscutible que representan ambas interpretaciones.

Pero aún puede suceder algo peor: que el antologista no sólo no se sitúe momentáneamente, al hacer el arreglo o selección, en el plano infantil, sino que tampoco comprenda el sentido exacto, o ni aproximado, de los textos elegidos, fiándose sólo, en su labor, de lo aparente o de lo que a él, por las razones que sean, le parece natural, y entonces se da el caso de que los textos seleccionados, al margen de lo literario—y tan al margen!—, puedan producir insospechados daños si sus pequeños lectores son inteligentes.

Y esto se une en cierto modo, y de modo cierto, al ignorante y yerto desdén que, generalmente, los españoles y su literatura muestran por los niños, lo cual es una tónica de nuestro país,